

***Informe al 4º Congreso Mundial [de la Internacional
Comunista]***
León Trotsky
1 diciembre de 1922

Índice

<i>La crisis del partido francés</i>	2
<i>El régimen de fracciones</i>	2
<i>Hace un año y medio</i>	5
<i>Las causas de la crisis</i>	6
<i>La cuestión sindical</i>	6
<i>Los sindicatos y el partido</i>	7
<i>Las lecciones de la huelga del Havre</i>	10
<i>El partido francés y la Internacional</i>	13
<i>La inercia del secretariado del partido francés</i>	14
<i>Las sugerencias de la Internacional</i>	17
<i>La dignidad del partido</i>	18
<i>El papel del centro en el congreso de París</i>	20
<i>El incidente Jaurès</i>	21
<i>La francmasonería</i>	23
<i>La prensa</i>	26
<i>Nuestra acción entre los campesinos</i>	26
<i>La cuestión colonial</i>	27
<i>La preparación de la revolución proletaria</i>	28
<i>Hacia la acción</i>	29

(Versión al castellano desde “Rapport au 4è Congrès Mondial”, en *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, también para las notas, Trotsky, textos escogidos y presentados por Pierre Broué, Les Éditions de minuit, París, 1967, páginas 221-260)

Edicions Internacionals Sedov
Serie:
Trotsky inédito en internet y
en castellano
Valencia, febrero 2016
germinal_1917@yahoo.es

TROTSKY.- Tenemos ahora en el orden día una cuestión extremadamente importante y muy difícil: la cuestión de nuestro partido francés.

La crisis del partido francés

El Partido Comunista francés atraviesa una grave crisis. Y esta crisis del partido coincide curiosamente con la crisis de la burguesía francesa y de su estado.

He dicho *curiosamente* porque son precisamente las crisis de los organismos burgueses las que crean, por regla general, una situación favorable para el desarrollo de un partido revolucionario. Por lo común es el partido revolucionario el que se nutre de la crisis de la sociedad burguesa. La coincidencia de esas dos crisis me permite decir, concluir, que el partido francés no ha adquirido todavía para su organización, para su acción, esa autonomía, esa libertad absoluta frente a la sociedad capitalista, necesaria para aprovechar libre y ampliamente la crisis de esta última. Lo veremos más adelante de una manera más detallada y profunda.

Pero ¿en qué consiste esta crisis cuya existencia no niega nadie?

Se señala el parón e incluso el retroceso en el reclutamiento. Cae la tirada de nuestros diarios, de nuestras publicaciones y, en particular, de *l'Humanité*. Se adormece la vida interna de las organizaciones.

He ahí los signos más impactantes al mismo tiempo que los más evidentes e indiscutibles. Hay otros. El régimen de las fracciones que se ha instalado en el partido. La lucha de fracciones, las polémicas mordaces y a veces personales, he ahí, además, expresiones diferentes pero indiscutibles de una crisis profunda en el organismo del partido.

Esos signos externos no tienen todos ellos el mismo carácter de gravedad para el desarrollo de nuestro partido francés.

El retroceso de nuestro reclutamiento no presenta un gran peligro, si sólo es pasajero, y no es otra cosa más que la expresión del hecho que nuestro partido ha arrastrado, en una primera etapa, a elementos que no nos pertenecen por su mentalidad o ideas y que los ha eliminado aumentando y estabilizando su unidad, su firmeza comunista. Puede ser un acontecimiento pasajero, determinado por un cambio en la situación política.

En la historia de nuestros diferentes partidos hemos visto que su línea de desarrollo no es completamente directa, que hay en ella, inevitablemente, flujos y reflujos, que durante el flujo el partido debe desarrollar una gran acción exterior arrastrando a las masas mientras que durante el reflujo el partido puede concentrarse, replegarse sobre sí mismo desarrollando su organización, precisando sus ideas, preparándose para las batallas futuras.

El régimen de fracciones

Lo que es más significativo es el régimen de fracciones y su lucha. ¿De dónde provienen esas fracciones? ¿Quién carga con la responsabilidad de ese régimen?

A estos interrogantes se les puede dar una respuesta mucho más descriptiva, la que se encuentra bastante a menudo en la prensa de nuestro partido francés. Citaré a un

camarada que os es muy conocido, al camarada Frossard, que escribió en *l'Humanité* del 16 de julio un artículo titulado: “¡Esto nunca acabará!” Destaco las siguientes frases: “¡Cuán bizantinos somos! ¡Cómo nos gusta buscarle los tres pies al gato! ¡Pobres discutidores! ¡Y cómo hay que compadecer a los verdaderos héroes que nos leen!”

Aquí tenemos un cuadro muy sombrío. Pero en esas frases sólo encontramos una descripción exterior de la situación en el partido. ¿Por qué somos bizantinos, discutidores, buscadores de tres pies al gato? ¿Cuál es el motivo? Este es un interrogante que exige contestación. También se plantea a veces la pregunta de saber de qué lado han venido las polémicas, las polémicas generales y las polémicas personales.

Los camaradas que pertenecen a la misma tendencia que nuestro camarada Frossard, designan a menudo a la izquierda como a la instigadora de esas polémicas, al mismo tiempo que como la instigadora del régimen de fracciones. Pero ese régimen de fracciones ha sido denunciado muy a menudo por camaradas que ellos mismos pertenecen a fracciones y que consideran a ese régimen como completamente artificial, en absoluto fundado sobre ideas y que no se corresponde ni con las aptitudes ni con los objetivos políticos. Me permitiré leer un artículo de Daniel Renoult, aparecido en el mes de septiembre en *l'Humanité*: “Como ha dicho mi amigo Duret, al que nunca se le ha dado respuesta sobre ese punto, sólo se puede establecer una clasificación seria y justa a través de la acción.”

Se ve, pues, por una parte a las fracciones librarse mutuamente a una lucha encarnizada y, por otra parte, a los representantes de dos fracciones afirmar que esos agrupamientos se han constituido artificialmente, que solamente a través de la acción, es decir mediante la acción futura, se podrá establecer la clasificación justa de las tendencias en el partido.

No creo que este análisis sea justo.

En primer lugar, se debería preguntar qué ha ocurrido para que camaradas que niegan la forma ideológica y política de esas fracciones pertenezcan a una de las tres fracciones más importantes del partido.

Pero toda la vida del partido debe ser la serie de las acciones que forman una cadena y esta cadena debe llevar a la acción más importante: la conquista del poder por el proletariado. Si se dice que los agrupamientos que se han formado no son definitivos, estamos de acuerdo, y creo que no discutiremos la justeza de semejante afirmación. Creo que siempre habrá una clasificación por tendencia y que, en el momento de la acción revolucionaria definitiva, la gran mayoría de los miembros de todas las fracciones se encontrarán agrupados sobre la misma base: es justo.

Pero pretender, a pesar de todo, que las tendencias que existen ahora y que se combaten entre ellas sólo son una división artificial, es ciertamente, para el partido francés, cometer un error, pues está constituido por tendencias y no existe al margen de las tendencias: debe, pues, haber un motivo importante para su existencia y para sus luchas.

Se dice que el agrupamiento no puede producirse más que por y en la acción. Pero la Internacional ha tratado durante un año y medio de lograr un reagrupamiento en el partido francés a través de la acción, y para esta acción la Internacional ha propuesto dos vías que llevan al mismo objetivo: la acción en los sindicatos y por los sindicatos y la acción por el Frente Único.

Ahora bien, para llevar adelante una acción es necesario tener la idea, más o menos precisa, y tener el acuerdo de la mayoría del partido. Cuando se ha propuesto el reagrupamiento del partido a través de la acción siempre ha habido obstáculos inmediatos para esta acción. No se ha querido admitir la acción metódica y organizada del partido en las organizaciones sindicales más importantes y más vastas (aunque muy

disminuidas) de Francia, menos aún que la acción a través de la consigna del Frente Único.

En un país donde no se posee como mínimo la confianza en la aplastante mayoría de la clase obrera, en el que el proletariado está dividido sindical y políticamente en diferentes fracciones, en el que los miembros de esas fracciones no constituyen en los sindicatos, como en el partido, más que una mínima parte de la clase obrera, es una verdad devenida banal que sólo se puede desarrollar la acción a través de la consigna del Frente Único, a través de una acción común. Si se rechaza esta posibilidad de acción, que no es una invención del espíritu sino que es una necesidad de la acción, se rechaza la misma acción. Y si alguien se queja después por verse clasificado en tendencias, no hace más que acumular contradicciones inadmisibles.

Sabéis, camaradas, que durante este último año se ha desarrollado una lucha (debo emplear esta expresión) permanente entre la Internacional y el partido francés (es decir la mayoría representada en esta cuestión por las dos tendencias, la tendencia del centro y la tendencia Renoult).

Se ha querido hacer comprender a nuestro partido francés la necesidad del Frente Único y, ayer, el camarada Zinóviev, en la comisión que habéis nombrado para la cuestión francesa, recordaba este argumento del que se han servido en Francia contra la Internacional sobre esta cuestión importante; a saber: que era la Internacional quien le imponía al partido francés, bajo la forma de la unidad del frente, la vuelta a la colaboración de clases y al millerandismo. He aquí hasta qué extremos han llegado los malentendidos sobre una cuestión que era, al mismo tiempo, un potente medio para desarrollar una acción en el partido francés.

Ahora es la prensa burguesa francesa la que se apodera de este argumento, y es éste un justo castigo por los errores cometidos durante la polémica. Es el castigo de ver al enemigo apoderarse de fórmulas falsas, precisarlas y lanzarlas al mercado político. He aquí lo que se puede leer en *le Temps*:

“Todavía no se ha dicho que esta humillante docilidad bastará para apaciguar la ira de Moscú, pues no practica quien quiere en su espíritu y en su letra la política de la Internacional, que varía hasta el infinito, siguiendo los intereses del momento del gobierno de los soviets, y siguiendo las circunstancias a las que los jefes de ese gobierno deben enfrentarse para tratar de disimular en la medida de lo posible la quiebra del comunismo integral.”

Es una fórmula que no han inventado. La han cogido prestada a algún representante de las tendencias de nuestro partido, la han precisado y lanzado contra el partido entero.

Hace algunos días, Frossard, que también ha luchado contra el Frente Único, se dirigió a los reformistas para proponerles una acción de acuerdo con los principios del Frente Único.

En la respuesta de los disidentes se encuentra toda una terminología que conocemos bien, que ya hemos leído en la prensa de nuestro partido y que se ha convertido en el instrumento de nuestros enemigos. Pero lo que aún es peor, es haber esperado durante más de un año y haber dejado a los mismos disidentes apoderarse de la idea del Frente Único; pues ya no es el partido francés el que aparece ante el proletariado como el promotor de esta fórmula sino que son los disidentes quienes nos hacen competencia en este terreno. Es suficiente con leer, en *le Populaire*, los artículos sobre el restablecimiento de la unidad sindical.

El régimen de fracciones no es, pues, ni artificial ni ocasional, creado bajo la influencia de voluntades externas: se basa en tendencias que son el producto de la

acción (o más bien de la falta de acción), que tampoco es ocasional en el partido francés.

En cuanto a la política, si se pregunta a quién le incumbe la responsabilidad, responderé que no es a la izquierda sino que puede ser que sea, desgraciadamente, a la Internacional misma. No se ha podido realizar la acción porque no se ha querido acentuar las premisas de esta acción. Es necesario destruir por la polémica los obstáculos ideológicos para la acción. He ahí porque la Internacional ha tomado ella misma la iniciativa de las polémicas.

Hace un año y medio

Para verificar yo mismo la línea que hemos seguido durante estos dos últimos años ante el partido francés, he hecho buscar un discurso que pronuncié en el mes de junio de 1921, en la reunión del Ejecutivo Ampliado, sobre la cuestión francesa, hace pues de eso un año y medio.

Tengo que confesar que me ha impactado el hecho que pisoteamos siempre en el mismo sitio.

Sólo recordaré algunos pasajes de ese discurso:

“No se ve ese abismo que debería haber sido excavado por nuestra prensa, y nuestros discursos, entre el partido comunista y toda la sociedad burguesa. No se ve. Ahora es necesario que los obreros vengan a decirnos: “¿Pero que hacéis ahí? ¿Por qué no habláis el lenguaje comunista? En vosotros son sombras muy vagas, a penas más coloreadas que la sombras longuettistas, pero las mismas en el fondo.” Añadido: “Es preciso conocer y apreciar además este hecho: la actitud del partido frente a los sindicalistas es completamente falsa...”

Y después:

“Al Partido Comunista francés hay que decirle, pues, amigable pero enérgicamente: “No os pedimos emprender acciones revolucionarias sin daros cuenta de si la situación es favorable para ello o no, sino que lo que os pedimos es romper, no solamente formalmente sino de hecho, con vuestras ideas, con vuestros sentimientos, con vuestra actitud total, romper definitivamente con vuestras antiguas actitudes, vuestras antiguas relaciones, vuestras relaciones de otro tiempo con la sociedad capitalista y sus instituciones.”

Esas palabras ¿no parecen haber sido pronunciadas estos mismos días, durante la discusión sobre la francmasonería?

Y después además:

“Lo que os pedimos es que vuestra voluntad revolucionaria encuentre su expresión en vuestra prensa, en el parlamento, en los sindicatos, en todos los lugares, y que acabe encontrando su expresión suprema en las barricadas de París.”

He ahí cómo presentamos la cuestión en el Ejecutivo. Mi voz no era más que una voz del Ejecutivo, que presentaba una absoluta unanimidad en ese terreno. De eso hace año y medio. Hemos luchado contra el espíritu de conservadurismo que representaba el pasado, a favor del espíritu revolucionario que era el del porvenir. No puedo decir que hayamos fracasado por completo. Alguna cosa ha cambiado en el partido. La crisis actual, ciertamente muy penosa, ha descargado un golpe mortal al conservadurismo del partido.

Las causas de la crisis

Naturalmente que si el partido no encuentra las fuerzas necesarias para vencer esta crisis, ésta puede provocar un retroceso en toda la evolución revolucionaria del proletariado francés. Pero no existen motivos para apreciar de forma pesimista las posibilidades que se abren ante el partido francés. Lo repito: la crisis es el resultado, por una parte, de las polémicas, y, por otra parte, de la lucha por parte de la Internacional, de esta lucha que se lleva adelante contra el conservadurismo; y la gravedad de la crisis, su carácter penoso, provienen de la permanencia muy importante, demasiado importante, del conservadurismo.

En Tours arrastramos tras nosotros muchas actitudes y hábitos que no quieren ceder el paso a los hábitos y actitudes de la acción comunista. He ahí porque se ha creado el régimen de fracciones, que no es otra cosa que la lucha del futuro contra el pasado o la tendencia intermedia que busca cómo orientarse.

A menudo se ha indicado que muchos factores exteriores al mismo partido impiden una evolución rápida. Se habla de la tradición francesa y del individualismo del obrero francés. Pero un partido que quiere convertirse en un partido de lucha no debe colocarse únicamente en el punto de vista del historiador, que se coloca por encima de la contienda interna del partido y sólo indica las causas que impiden la evolución hacia el futuro.

Le cogere prestado a nuestro camarada Vaillant-Couturier un argumento excelente: Ha dicho: “Pretendéis véroslos con obreros completamente penetrados del individualismo que impide la organización de un partido revolucionario. Pero, durante la guerra, ¿se detuvo la sociedad capitalista ante el individualismo francés? ¿Los socialpatriotas encontraron algún obstáculo en este individualismo? No. Mediante la fuerza activa de la policía y del ejército, mediante la fuerza sobretodo de la opinión pública, ejercieron una creciente presión sobre el pretendido individualismo del obrero francés y lo hundieron en las trincheras, donde se quedó durante cuatro años y medio. Cuando se ha tratado del interés burgués se ha sabido cómo vencer este individualismo. ¿Y nos parece, en verdad, completamente invencible ese individualismo cuando se trata de vencerlo en beneficio de los intereses del mismo proletariado?”

Sí, aquí tenemos una objeción que es preciso ampliar. Es cierto que, en cada obrero (sobre todo a causa de la historia francesa), hay un lado individualista muy desarrollado, puede ser que más que en los otros obreros. Pero también hay un lado generoso. Hay que saber llamarlo abriendo las perspectivas de una acción en la que puede expresar verdaderamente toda su entrega y abnegación, y veréis que sabrá sacrificar no solamente sus intereses materiales sino su vida cuando la lucha lo pida.

Sin embargo hay que poder hacerlo. Y cuando escucho a un comunista decir: “No hay nada que hacer: ¡los obreros son tan individualistas!” digo que esta explicación sólo puede crear desconfianza hacia el partido (o cierta tendencia a la desconfianza) y reflejar impotencia.

La cuestión sindical

Hemos hablado mucho de la cuestión sindical durante este congreso y hemos encontrado los obstáculos, de los que se ve el reflejo en las actas del congreso de París, en la tendencia del centro y en la tendencia Renault.

Citaré algunas expresiones de nuestro camarada Jacob, que forma parte de la delegación sindical. Su argumentación en el congreso de París es extremadamente característica, y lo digo con toda la amistad, completamente falsa, peligrosamente falsa.

El camarada Jacob es miembro del partido y al mismo tiempo miembro cualificado de la organización sindical. He aquí cómo le dicta al partido su papel en el movimiento obrero:

“El partido no debe entorpecer la acción de los sindicatos y determinados pasajes de la resolución del Comité Director no pueden hacer otra cosa más que obstaculizar esta acción. Manuïlski está mal informado sobre la huelga del Havre: Frossard y Lepez han dicho que el partido comunista no hizo sus deberes en la huelga. Pero nosotros decimos que el partido no tenía nada qué hacer allí...”

He aquí un estado de ánimo extremadamente peligroso. Puede que se diga que se trata solamente de exageración en la expresión. ¡Aceptémoslo! Pero sigue siendo extremadamente característico de la mentalidad de nuestro partido. Son miembros del partido (no sindicalistas amigables, como Monmousseau, por una parte, y Monatte por otra), son miembros del partido quienes dicen: “Tú no tienes nada qué hacer en un acontecimiento como la huelga del Havre”¹.

Los sindicatos y el partido

Sabéis que en la huelga del Havre intervinieron el alcalde de Havre, Meyer, político radical burgués, y el diputado Siegfried, muerto posteriormente; también intervinieron los fusiles de M. Poincaré y todo eso es la política. Sólo hubo un partido que no intervino, como partido, en esta huelga. Cierto, hizo mucho por los huelguistas: recogió fuertes sumas de dinero mediante suscripciones diarias, se escribieron muchos artículos. Pero como organización que pudiese dar consejos, presentarse sin contrarrestar la acción del sindicato, mostrar su figura política a los obreros y decir: “Estamos aquí para ayudaros ¿Qué exigís de nosotros? ¡Estamos dispuestos a hacerlo!, el partido no tuvo nada que hacer en la huelga del Havre.

Había sindicalistas locales que decían, lo he escuchado a camaradas que están aquí: “no vengáis a comprometernos ante el gobierno que dirá: hacéis una huelga comunista, puede que ordenada por Moscú.” Entonces el partido se zafó.

Comprendo que puede haber condiciones en las que el partido puede hacer concesiones al espíritu incluso más atrasado de la masa o de sus representantes locales, durante una huelga. Pero entonces se tendría que haber escrito en *l'Humanité*: “Hemos ofrecido nuestros servicios a los líderes de la huelga del Havre; nos han respondido: “estamos en relaciones con Meyer y Siegfried: ¡no vayáis a comprometernos!”. Entonces no intervendremos, pero les decimos: “¡En guardia! ¡Peligro! Estáis negociando con políticos burgueses: os traicionarán. Sólo hay un partido que estará con vosotros en el momento de la gran lucha: es el partido comunista.”

Si hubieseis dicho eso el primer día de la huelga del Havre, o durante su desarrollo, tras los acontecimientos trágicos del 28 de agosto y las masacres, vuestra autoridad habría resultado asegurada pues vosotros habríais previsto la evolución de los acontecimientos.

¹ La huelga del Havre, declarada el 19 de junio por 14.000 metalúrgicos, fue la respuesta a la disminución en un 15% de los salarios anunciada el 15 por la patronal. En la novena semana de huelga, la afluencia de las fuerzas de policía, como los esfuerzos de los militantes de la CGTU, provocaron la ampliación de la huelga a los estibadores, trabajadores del gas, tranviarios y albañiles. El 28 de agosto, las fuerzas del orden se enfrentaron con los huelguistas, dispararon sobre la masa, causando cuatro muertos y numerosos heridos. La CGTU replicó lanzando altivamente una consigna de huelga general de protesta de veinticuatro horas que no fue muy seguida. *L'Humanité* incriminó de “pasividad” a la clase obrera.

No. Nos inclinamos. El camarada Frossard ha dicho: “El partido no tienen nada que hacer en ese dominio”, y he ahí un comunista que trabaja en los sindicatos y que dice: “El partido no tenía nada que hacer allí”

Es una situación muy triste y peligrosa porque de ahí sólo hay un paso a dar para unirse a nuestro camarada Ernest Lafont. Éste, en su discurso que pronunció en el congreso de París, se inspiró en el “lagardellismo”; ya no es sindicalismo, es una mixtura de algunos desechos ideológicos del sindicalismo con la politiquería. Ernest Lafont dice: “Los sindicatos son una cosa secundaria y yo he sido creado para esa cosa secundaria.”

Lagardelle era un gran filósofo: ahora está empleado en organizaciones capitalistas. Cuando alguien se basa en una filosofía según la cual la revolución debe hacerse al margen del partido, en el partido se sigue una acción completamente oportunista, reformista y no revolucionaria. Ernest Lafont encuentra una fórmula completamente afortunada, dice: “¿Nosotros, los abogados, tenemos que mezclarnos en los asuntos de los sindicatos?” y el camarada Jacob, que no es ni abogado ni lagardellista sino un buen comunista y un buen obrero sindicalista, dice: “Sí, el partido no tiene nada que hacer allí.”

Esta coincidencia es extremadamente peligrosa.

La vuelvo a encontrar un poco en la declaración firmada por Monatte (mi amigo) y por los camaradas Louzon, Chambelland y otros.

Se puede comprender a Monatte (que no es miembro del partido) cuando dice: “Somos sindicalistas-revolucionarios, es decir que le atribuimos al sindicato el papel esencial en la lucha revolucionaria por la emancipación del proletariado.” Es una declaración completamente reciente aparecida tras el congreso de París en *La lutte de classe*, dirigida por el camarada Rosmer, con una nota de la redacción.

Comprendo afirmaciones semejantes por parte de Monatte que está fuera del partido (y que se equivoca, por otra parte, manteniéndose fuera del partido) pero no comprendo nada a Louzon, ni a Chambelland, ni a Clavel y S. Orlianges, que pertenecen al partido y son miembros al mismo tiempo de la Comisión Ejecutiva de la CGTU.

¿Qué quiere decir esto: “Le atribuimos un papel esencial al sindicato en la lucha revolucionaria por la emancipación”? ¿Qué sindicato? En Francia hay diversos sindicatos. ¿Se trata del sindicato de los jouhausistas? Evidentemente no. ¿Del sindicato de nuestro camarada Monmousseau? Puede ser. Pero queréis llegar a una unificación, a una fusión de esos dos sindicatos. Ahora tenemos a Monmousseau como secretario general de las CGTU, pero antes teníamos a una comisión administrativa de esta CGTU en las manos de los autores del Pacto: los Besnard, Verdier, etc. ¿El proletariado puede marchar hacia la revolución y hacerla bajo su dirección? ¿Creéis seriamente que el papel dirigente de la clase obrera le pertenece a un sindicato? ¿Creéis que el sindicato dirigido por los reformistas, los confusionistas, los comunistas que no quieren someterse a la disciplina y a la doctrina de su partido, sea la primera organización obrera del mundo, o un sindicato inspirado por las ideas comunistas que nosotros representamos? Os servís de una fórmula del sindicalismo después de haberla vaciado de su contenido revolucionario e ideológico y decís: “¡El sindicato es la primera cosa del mundo!”

Naturalmente, se trata de un sindicato guiado por los mejores elementos de la clase obrera, completamente organizados y conscientes, y que se inspiran en la doctrina que representa los intereses de la lucha revolucionaria, entonces ese sindicato es excelente. Pero no existe, sobretodo en Francia. Hay que crearlo. ¿Mediante qué procedimientos? Mediante una colaboración entre los camaradas que no pertenecen al partido y aquellos que sí están en él, organizando a la élite de la clase obrera,

inculcándole las ideas comunistas y haciendo penetrar su espíritu en todas las organizaciones obreras.

Dejáis entrar en los sindicatos a los obreros que están fuera del partido y que no son revolucionarios, que tienen los prejuicios más retrógrados: los obreros católicos, por ejemplo. Estáis obligados a hacerlo, porque si el sindicato no tiene en su seno más que a comunistas, sindicalistas que no están aún en el partido, a causa de algunos prejuicios, si el sindicato no tuviese más que a esos elementos, no tendría ningún valor porque sería una repetición del partido.

Pero eso sería peor, porque el partido es más homogéneo (o al menos debe serlo) que los sindicatos, los cuales integran a comunistas que no se someten a la disciplina de su partido y a sindicalistas que no pertenecen a ningún partido y que tienen miedo del partido, al mismo tiempo que necesitan analizar sus ideas, sus métodos, sin disponer de un partido político para hacerlo. Si los sindicatos no fueran más que eso, representarían la fórmula más execrable de un partido político.

La importancia del sindicato radica en que su mayoría está, o debe estar compuesta, por elementos que todavía no están sometidos a la influencia de un partido. Pero es evidente que dentro de los sindicatos hay capas diferentes: las capas completamente conscientes, las capas conscientes con restos de prejuicios, las capas que buscan aún formar su conciencia revolucionaria. Entonces, ¿quién debe tomar la dirección?

No debemos olvidar el papel del Pacto. Debe ser un ejemplo para cada obrero francés, incluso para el más atrasado, para el más simple. Es preciso explicar el hecho que, a consecuencia de las insuficiencias del partido en el dominio sindical, algunos elementos anarquizantes o anarquistas han creado un pacto secreto para tomar la dirección del movimiento. Los sindicatos representan a una élite que necesita una dirección de ideas; esas ideas no son espontáneas, no caen del cielo; debe haber una continuidad en esas ideas, hay que justificarlas, verificarlas con la experiencia, analizarlas, criticarlas, y ese trabajo debe hacerse en el partido.

Hoy en día, la gran objeción que se nos plantea es la subordinación de los sindicatos al partido.

Sí, queremos subordinar la conciencia de la clase obrera a las ideas revolucionarias. Es nuestra pretensión. Es completamente estúpido decir que podemos actuar mediante presiones desde fuera, mediante presiones que no se basarían en la voluntad libre de los mismos obreros, que el partido posee los medios de presión de cara a los sindicatos, los cuales son numéricamente más fuertes que él (o al menos deberían serlo). Quien siempre ha repetido que el partido y los sindicatos quieren someter a la clase obrera a su voluntad es la reacción de todos los países.

Tomemos la prensa más reaccionaria y pérfida, en Francia, en Alemania, en cualquier lugar, en Estados Unidos también. Siempre son las mismas afirmaciones. Son las organizaciones obreras quienes se apoderan, contra la voluntad de la clase obrera, de sus acciones, las que se imponen y logran, gracias a sus maniobras, la sumisión de la clase obrera a los sindicatos.

¿Qué respondéis a eso? Decís: “no, nosotros presentamos nuestros servicios a la clase obrera, nos ganamos la confianza de los sindicatos. La parte avanzada de la clase obrera entra en los sindicatos; la gran masa apoya a los sindicatos en la lucha y, a su vez, entra en ellos poco a poco.”

¿No ocurre lo mismo con el partido? Queremos ganar la confianza de los sindicatos. ¿Acaso no tenemos derecho, no tenemos el deber de presentarnos en cada acción, y sobre todo en las acciones difíciles, como los elementos más atrevidos para animar esas acciones, vigorizarlas, ocupar los puestos más difíciles, aquellos que

comportan los mayores riesgos, para demostrar que los comunistas, siempre y en todo lugar, son los elementos más fieles de la lucha revolucionaria?

¿No es ese nuestro deber y nuestro derecho?

Leed, al respecto, el artículo del camarada Soutif, en el último o antepenúltimo número del *Bulletin communiste*, por consiguiente después del congreso de París. En Francia se tiene determinada manera de criticar a la Internacional: uno se inclina ante la Internacional en tanto que tal y al mismo tiempo se le asesta un buen golpe a la izquierda, preferentemente sobre una cuestión en la que la izquierda representa fielmente las ideas de la Internacional. Soutif dice: “Esta resolución [es la resolución de Rosmer, que creo que es excelente], esta resolución proclama que el partido comunista “cree expresar mejor las aspiraciones de la clase obrera y ser el más capaz para asegurar su liberación”. La mayoría del Comité Director rechaza naturalmente esta moción.”

El Comité Director de un partido que pretende ser el que mejor sirve a la clase obrera debe “evidentemente” rechazar semejante afirmación. ¡Y esto está escrito en el órgano de nuestro partido, por un miembro del Comité Director que denuncia a la izquierda por haber cometido este gran error como es pretender que nuestro partido es capaz de ser el que mejor sirve a la clase obrera!

No se entiende nada. Si nos dejamos denunciar de esta manera, en nuestros órganos, por los miembros de nuestro Comité Director, ¿podemos ganarnos la confianza de la clase obrera? ¿Se puede tolerar esto durante semanas? Un partido vivo, que quiere ganar la confianza de la clase obrera, debería comenzar por enseñar el ABC del comunismo al autor de este artículo.

Por otra parte, no es el primero. No es más que un elemento de una larga serie de los que hemos denunciado en cartas, en discusiones, en telegramas.

Las lecciones de la huelga del Havre

Las consecuencias son la huelga del Havre y, sobre todo, la huelga general de protesta hacia el final de la huelga del Havre, tras las masacres del día 28 de agosto.

Todos conocéis esos acontecimientos. La huelga del Havre duró ciento diez días. Acabó en una masacre. Mataron a cuatro obreros e hirieron a otros muchos. Ahora bien, voy a mostraros algunos documentos que quedarán en la historia del movimiento obrero francés: son recortes de *l'Humanité*. Es el llamamiento de la CGTU y de la Unión de los Sindicatos del Sena. Este llamamiento apareció en *l'Humanité* del lunes; en él se anuncian a la clase obrera los asesinatos del Havre y, después, hay un apéndice: “Martes” (es decir al día siguiente) “huelga general de 24 horas”. Y se añade: “La construcción decide, esperando, la huelga general para hoy”. ¡Por el lunes!

El partido “no tenía nada que hacer”, como dice nuestro camarada Jacob, en la huelga del Havre. Era una cuestión económica: se ha matado, económicamente, a cuatro obreros y se ha herido a muchos más, cuestión puramente sindical. Hay organizaciones económicas para ocuparse de este asunto: en primer lugar es la construcción “esperando”, es decir no esperando, saboteando la acción. Se lanza a una huelga que proclama “huelga general”.

¿Qué hace la CGTU? Se inclina ante la construcción. ¿Por qué? Porque no puede ceder el puesto a los anarquistas que pretenderán ser más revolucionarios que los otros y dirán: “Hemos proclamado la huelga general y los sindicalistas, los semicomunistas de la CGTU han saboteado nuestra gran acción” (que no era una acción, sino solamente una consigna lanzada en aquel momento²).

² La dirección de la Federación de la Construcción de la CGTU era de tendencia anarcosindicalista.

Alguien se inclina ante este error, ¿y qué hace el partido? Se inclina ante la CGTU. Es el encadenamiento de errores. ¿Quién ha empezado? Son algunos jóvenes anarquistas que puede que ni sean culpables de ello. Fueron a la sede de su organización y dijeron: “Hay que hacer alguna cosa”. Y allí encontraron a un camarada que les respondió: “Sí, hay que hacer alguna cosa: se va a proclamar la huelga general”.

Y la CGTU se inclina; el partido se inclina. El partido que, “no tienen nada que hacer” en la huelga del Havre, que se ha mantenido como un organismo completamente superfluo en ese diálogo entre todos los obreros del Havre y la gran sociedad burguesa, el partido interviene para inclinarse ante la CGTU.

¿El resultado? La debacle. Fiasco completo. ¿Por qué? Porque era predeterminado, prematuro. Estos recortes que os muestran pretendían levantar a la clase obrera en Francia, del lunes al martes, para la huelga general. ¿Era posible? No era posible ni incluso en un país en el que se posea la red de telégrafos, las radios (como aquí en Rusia), en el que el partido sea fuerte, en el que los sindicatos trabajen de pleno acuerdo con el partido, en el que no hayan ni partidos ni sindicatos opuestos a los nuestros. Así, para la demostración en honor al 4º Congreso Mundial, se ha tenido que explicarles a los obreros lo que era el 4º Congreso. Entre los soldados que desfilaban ante vosotros el 7 de noviembre había cierto entusiasmo del que puede que os hayáis dado cuenta. ¿De dónde provenía? Entre ellos había jóvenes campesinos que no conocen muy bien la geografía y que ignoran lo que pasa en Francia, lo que pasa fuera de Rusia. Se les ha tenido que explicar qué era el 4º Congreso Mundial y, sin embargo, ¿qué es lo que se les exigía? Desfilan simplemente ante los delegados extranjeros y presentarles sus saludos fraternales.

En cuanto a vosotros que le exigíais a la clase obrera una huelga general, debíais haber explicado a esta clase obrera lo que pasaba en el Havre, y no solamente con la fórmula “gobierno de asesinos”.

En Francia se fabrican esas fórmulas mucho mejor que en otros países: allí son expertos. Hacía falta explicar a cada obrera y a cada obrero, a los obreros agrícolas, a los campesinos y campesinas, lo que pasaba en el Havre: han matado a cuatro obreros tras haber matado a un millón o medio durante la guerra. Se debían haber mostrado, si era posible, las fotografías de los muertos: describir la situación de las familias de los obreros; presentar las fotografías de hijas e hijos de esos obreros asesinados. Enviar inmediatamente a corresponsales que conociesen esas cuestiones y la vida de los trabajadores, a camaradas que pudiesen contactar con las familias de los obreros asesinados, compartir su pena y contar todo el horror a la clase obrera.

Era necesario movilizar inmediatamente en París a un millar de los mejores comunistas y sindicalistas revolucionarios, mano a mano con la CGTU, y enviarlos a todas partes, no solamente a todas las esquinas de París sino también a todo el país, a las ciudades y al campo, para desarrollar allí una propaganda intensa; era preciso, al mismo tiempo, publicar dos, tres o cuatro millones de ejemplares de panfletos, llamamientos, para poner al corriente a la clase obrera de lo que pasaba, diciendo: “No podemos dejar pasar este crimen sin protestar.”

¿Se tenía que desencadenar inmediatamente una huelga general de 24 horas por todo ello? No. Había que poner en movimiento a la clase obrera entera, con una intensa propaganda que no es otra cosa más que la explicación de los hechos. Había que explicar y contar brevemente los hechos a la clase obrera: esa era la primera condición.

¿Por qué no se hizo? Se tiene miedo a que el sentimiento de indignación de la clase obrera no dure más que tres, cuatro o cinco días. ¡Es la expresión de la desconfianza burocrática frente a la clase obrera de nuestro sindicalismo revolucionario y de nuestro comunismo! (*Aplausos*)

Había que contarle y explicarle los hechos. Nuestros camaradas de Pas-de-Calais bajaron a la mina y eso sólo les sirvió para enterarse de que había que hacer inmediatamente la huelga. Naturalmente, la acción estaba completamente comprometida y paralizada de antemano. Me pregunto cómo se podría haber actuado de forma diferente si se hubiese querido sabotearla.

Y después se salvó (naturalmente que no para siempre) a los disidentes, reformistas y jouhausistas. ¿Por qué? Es muy simple, camaradas. ¿No había puesto la burguesía, matando a cuatro obreros en Francia, en una situación extremadamente difícil a sus amigos disidentes y reformistas? Con las reformas, con las ideas del Bloque Nacional, con la participación de Jouhaux en asambleas burguesas para mejorar la suerte de los obreros, también se puede embaucar a los trabajadores. Pero la masacre del Havre era un golpe casi mortal para nuestros adversarios.

¿Qué había que hacer? En cada número de *l'Humanité*, y durante una o dos semanas, había que hacer toda la propaganda posible, toda la agitación útil preguntándoles a la CGT reformista y a los disidentes: “¿Qué proponéis ahora? No se trata de dictadura del proletariado, no os la proponemos, aunque seamos partidarios de ella. Pero ¿qué proponéis contra la burguesía que acaba de matar a cuatro obreros, contra el gobierno, contra Poincaré?”

He ahí una pregunta que había que haber repetido cada día y haber hecho repetir a los propagandistas, a los agitadores del partido y de los sindicatos, en todos las esquinas de las calles, en todos los rincones de Francia, en todos los pueblos donde hubiese un obrero o una obrera, y ello durante una o dos semanas. Hubiera sido verdaderamente un gran hito en el movimiento de la clase obrera. En lugar de ello se comprometió la situación. Se lanzó este llamamiento, insensato, a la huelga inmediata. No se anuncia el lunes una huelga general para el martes, pues los disidentes y reformistas encuentran, naturalmente, en ello un pretexto para desmarcarse y decir: “No participaremos en una empresa tan arriesgada.”

Y puesto que la huelga general estaba comprometida de antemano ellos decidieron dar el salario de un día de trabajo a las víctimas. No lo hicieron. Pero todo el mundo ha olvidado su criminal pasividad porque el punto de concentración de toda la atención obrero era la huelga general, de hecho peligrosamente comprometida.

Le Temps escribe: “El fracaso de la huelga general constituye un síntoma alentador para el futuro.” Tiene razón. Y *l'Humanité* añade: “La burguesía quiere aprovechar esta pasividad inaudita de la clase obrera.”

Fue en formidable fracaso, pero sin embargo al día siguiente se dijo que había sido un gran éxito. Como esta posición no tenía defensa a continuación se dijo: “La burguesía quiere aprovechar esta pasividad inaudita de la clase obrera.” En todos los casos se descargó la responsabilidad sobre las espaldas de la clase obrera. Cuando hay un fallo de la CGTU y del partido se le imputa el fracaso a la clase obrera. Es una manera de actuar que la clase obrera no tolerará. Tendrá que invitar a sus jefes a analizar sus fallos para aprender alguna cosa de la experiencia de la lucha. ¡Verdaderamente ya es el momento, camaradas!

En Francia asistimos a un gran acontecimiento, del que la huelga de protesta sólo fue una nefasta repetición: fue el movimiento del 1 de mayo de 1920. El partido todavía no existía como partido comunista. En los sindicatos no se había producido todavía la escisión. Pero las fuerzas eran las mismas, tanto en el terreno político como en el sindical. Los elementos de la izquierda no habían preparado la acción. Los de la derecha hicieron todo lo posible para comprometerla y aplastarla con su traición. Lo lograron. Sabéis qué importancia tiene esta fecha del 1 de mayo de 1920 en la historia de la Francia de posguerra. El aliento revolucionario de la clase obrera bajó de golpe, la

estabilidad del régimen burgués aumentó de golpe. Se produjo un gran cambio tras esta huelga general perdida.

¡Desde esta lección han transcurrido dos años y tres meses y se ha hecho una segunda edición de esta huelga bajo forma de una gran protesta contra la masacre del Havre! Naturalmente que el resultado es la desilusión, la pasividad de la clase obrera y, también inevitablemente, la permanencia del reformismo y del sindicalismo de Jouhaux.

¿Por qué? Porque el partido no ha sabido dar consejos, porque no ha intervenido analizando la misma situación, dando su parecer, invitando a nuestro camarada Monmousseau, que no es del partido y no quiere relación orgánica³, a decidir qué se tenía que hacer conjuntamente. Se tenía que haberle dicho: “Proponéis la huelga para mañana martes, pero es completamente imposible; vais a comprometerla y a crear una situación desfavorable en la lucha de la clase obrera.” Estoy seguro que nuestro amigo Monmousseau habría respondido: “Estoy de acuerdo en discutir con vosotros; sin embargo, mi organización es autónoma y tomará las decisiones que le parezcan convenientes y justas.” ¿Pero no era necesario sentarse a la misma mesa para analizar la situación e intercambiar consejos?

Máxime teniendo en cuenta que la CGTU no hizo otra cosa más que inclinarse ante la iniciativa de la Construcción. El resultado ya lo hemos visto. Tras el 1 de mayo de 1920, se perdieron meses, más que meses, y el tiempo es una materia prima valiosa en la lucha obrera. La burguesía no pierde el tiempo. ¡Nosotros hemos perdido dos años y hay camaradas que pretenden hacernos creer que los hemos ganado!

El partido francés y la Internacional

Durante el congreso de París nuestro camarada Frossard caracterizó las relaciones del partido con la Internacional empleando esta fórmula: “ganar tiempo”.

El secretario general del partido, que ya era secretario cuando se celebró el congreso de Tours (y por tanto el más cualificado para representar al partido) se expresó así, según el informe de *l'Humanité* bajo el título “La crisis”:

“¿Cuáles son las causas de la crisis? Desde hace dos años estoy dividido entre mi fidelidad a la Internacional y el interés de mi partido. Dentro de mí hay un conflicto permanente, una crisis de deber. ¿Hay actitudes diferentes en mí? Sí, porque no estoy seguro de mí. (*Repetidos aplausos*)

Así, se aplaude en el momento en el que el camarada más cualificado para representar al partido dice: “Estoy dividido entre mi fidelidad a la Internacional y mi fidelidad al partido. Dos fidelidades que no coinciden, que son contradictorias, y si decís que estoy debilitado, que tengo dos actitudes diferentes, ello es porque estoy dividido entre esos dos antagonismos permanentes”. Y tras ello se producen aplausos repetidos, según el informe de *l'Humanité*.

Después, el mismo camarada declara:

“Ante determinadas decisiones de la Internacional, inaplicables, lo digo, he querido ganar tiempo. Prefiero hacer eso a destruir a mi partido.”

¡Así que había incompatibilidad entre la Internacional y el Partido Comunista francés! El secretario general del partido se ha visto en una situación de conflicto permanente y lo que ha tratado de hacer sobretodo es ¡ganar tiempo para no destruir a su partido! Entonces ¿por qué pertenece a la Internacional? No se comprende. ¡No se puede entender!

³ Monmousseau, en aquel momento sindicalista revolucionario de la tendencia Monatte, era secretario de la CGTU.

Cuando recibí el número de *l'Humanité* y leí eso por primera vez, me dije a mí mismo: “Son las premisas para la ruptura con la Internacional.” Conocemos lo suficiente a nuestro camarada Frossard: no es un hombre que se deje llevar por su temperamento; es un hombre calculador, frío, y si dice, no en una conversación sino en el congreso de su partido, como secretario general, que durante dos años no ha hecho más que ganar tiempo porque la Internacional ha tomado resoluciones nefastas para su partido, yo pregunto si se puede entender otra cosa que no sean las premisas de la ruptura con la Internacional. (*Aplausos*)

El caso deviene aún más grave cuando se consideran los hechos que precedieron a su discurso. En la moción llamada Frossard-Souvarin, ya firmada por Frossard y propuesta al congreso del partido, leemos:

“A la luz de la experiencia es necesario reconocer que las supervivencias del espíritu socialdemócrata del antiguo partido y el desconocimiento del valor de las resoluciones de la Internacional Comunista han perjudicado el reforzamiento y perfeccionamiento del joven partido comunista.”

¡En vísperas del congreso se dice en una moción: “El desconocimiento del valor de las resoluciones de la Internacional es lo que ha perjudicado sobre todo al partido francés”!

Se trata del valor de las resoluciones sobre el Frente Único y la acción sindical. ¡Y es Frossard, que las firmó, quien, no estando seca aún la tinta de su firma, declara en la tribuna que las resoluciones llegadas de Moscú y de la Internacional amenazan con destruir a su partido!

Si alguien lo comprende le invito a venir a explicar esta actitud. Hemos tratado de escuchar la explicación por boca del elocuente camarada Frossard. Le hemos invitado, hemos repetido nuestra invitación con letras y telegramas e incluso con decisiones del Ejecutivo. Desgraciadamente no lo hemos logrado. Nos alegraría mucho tener una explicación de esta actitud que ni nos parece muy consecuente ni muy clara.

La inercia del secretariado del partido francés

Para ofrecer un cuadro al menos sumario de las relaciones de la Internacional y del partido francés (su Comité Director y su secretario general, sobretodo), para demostraros cómo el Ejecutivo ha amenazado con destruir al PCF, me permitiréis leer (será una lectura muy árida y poco divertida) la enumeración de las cartas, telegramas y resoluciones que le hemos enviado. Es un catálogo. No mencionaré las cartas privadas: por mi parte, he hecho distribuir entre los miembros de la gran comisión las copias de las cartas que he envidado en nombre propio a los camaradas franceses, pero siempre con la aprobación del Ejecutivo, de pleno acuerdo con él⁴.

Sólo enumero, pues, los documentos completamente oficiales.

En el mes de junio de 1921 se celebró reunión del Ejecutivo Ampliado en el que pronuncié el discurso del que os he citado algunos párrafos esenciales.

En julio de 1921, se hicieron tres resoluciones del Ejecutivo (tras el 3er Congreso Mundial) sobre el control de la prensa, el trabajo en los sindicatos y la disolución del Comité de la III Internacional.

⁴ Se trata de las cartas publicadas bajo el título *Lettres de Léon Trotsky...* de las cuales algunas están reproducidas en esta selección (B 3, 4, 6 [<http://grupgerminal.org/?q=node/847> NdE] , 10 [<http://grupgerminal.org/?q=node/849> NdE] , 11 [<http://grupgerminal.org/?q=node/850> NdE], 14 [<http://grupgerminal.org/?q=node/854> NdE])

Tomad esas resoluciones. ¿Es la de la del control de la prensa la que amenazaba al partido a causa de Fabre y de Brizon que se cubrían con la autoridad de miembros del partido para realizar empresas personales comprometiéndolo? ¿No era útil acabar con una práctica, mientras se detentan puestos importantes en el partido comunista, consistente en ofrecer su colaboración a los órganos burgueses que emponzoñan a las masas populares?

He ahí dos resoluciones que nunca han amenazado con destruir al partido francés sino únicamente a algunos periodistas arribistas del partido francés. Por otra parte, esta resolución no fue aplicada en nada.

Sobre el trabajo en los sindicatos ya os he contado un poco nuestra discusión.

De hecho, una sola de esas tres resoluciones fue aplicada: la concerniente a la disolución del Comité de la III Internacional.

Si hemos cometido errores, y hemos cometidos diversos, creo que sobretodo hemos cometido el de depositar demasiada confianza en la fidelidad de los camaradas que dirigían el partido francés en esta época.

El 26 de julio de 1921: carta confidencial del Ejecutivo al Comité Director conteniendo críticas amistosas y sugerencias sobre el trabajo parlamentario del partido con la Internacional, los informes parlamentarios de *l'Humanité*⁵. Nuestro camarada Marthe Bigot ha hecho observaciones sobre este punto que confirman la justeza de nuestra crítica, sobre las relaciones con los sindicalistas, el trabajo en los sindicatos, la reorganización del Comité Director. Es la primera vez que hemos propuesto, por escrito, crear esta terrible oligarquía que se llama el Buró Político del Comité Director; sobre la estructura del partido, la insuficiencia de *l'Humanité*, el control de la prensa.

Invitación a Frossard y Cachin para venir a Moscú: el 1 de octubre de 1921, un telegrama invitando al partido a enviar a Frossard a Moscú.

15 de diciembre de 1921: carta abierta del Ejecutivo al congreso de Marsella conteniendo críticas y sugerencias sobre: la debilidad de la dirección del partido, la disciplina, la política sindical, el control de la prensa, la tendencia de derechas y *le Journal du peuple*⁶.

No es el comienzo pues el comienzo fue ya durante las conversaciones con la delegación durante el 3er Congreso. Después llegó la resolución sobre el control de la prensa, en julio de 1921, cuando se planteó por primera vez la cuestión Fabre. La tercera vez fue el 15 de diciembre de 1921. Naturalmente que nosotros habíamos “exagerado” la importancia de Fabre: pero, ahora, todos los expulsados se agrupan alrededor del *Journal du peuple*. Se forma el absceso pero esta vez fuera del partido, con la ayuda de la raza, a partir de ahora famosa, de los alcaldes de los suburbios.

Sobre la penetración del partido en las fábricas, la introducción de obreros en la dirección, la indiferencia del partido respecto a la vida de la Internacional: el 19 de diciembre de 1921, carta confidencial al Comité Director, conteniendo críticas y sugerencias sobre las siguientes cuestiones: tolerancia ante el *Journal du peuple*. Por tercera vez: falta de ejecución de las decisiones del Ejecutivo, tolerancia frente a Brizon y *la Vague*, relaciones del partido con la Internacional, presidium o buró político del partido⁷.

Si me preguntáis por qué no os cito las respuestas os diré que porque no las hay. ¡Jamás se ha dado respuesta!

9 de enero de 1922: resolución sobre las dimisiones de Marsella; telegrama convocando a Moscú a los representantes del partido.

⁵ <http://grupgerminal.org/?q=node/844> NdE.

⁶ <http://grupgerminal.org/?q=node/845> NdE.

⁷ *Ibidem*.

El 9 de enero de 1922 comienza una nueva serie:

13 de enero de 1922: telegrama convocando a Frossard y Cachin, y anunciando la inscripción de la cuestión francesa en el orden del día del Ejecutivo Ampliado de febrero.

24 de enero de 1922: telegrama reclamando de nuevo a Frossard “cuya ausencia causaría la más mala impresión sobre todo el Ejecutivo”, y anunciando que el Ejecutivo Ampliado se retrasará algunos días para darle a Frossard tiempo para llegar.

Durante esos días en los que se preparaba la presentación de la cuestión francesa ante la Internacional y su sometimiento a los representantes de los partidos afiliados, nos preguntábamos por teléfono cada noche y cada mañana: “¿Cree usted Zinóviev que él vendrá? - ¿Cree usted, Trotsky, que él vendrá? – No entiendo nada.”

Se espera, se envían telegramas, pero ¿de qué se trata? Si pudiésemos ir a París inmediatamente para consultar a nuestros amigos de allí, cada uno querría arrojar al tren el primero. (*Aplausos*) Pero se trata de discutir, de analizar los problemas difíciles del partido francés para resolverlos. Y nosotros siempre buscamos invitar a los más representativos de sus dirigentes para discutir con nosotros. Por eso esos cinco telegramas que se enviaron para invitar a los jefes del partido francés a venir a la Internacional para resolver la cuestión francesa.

Misma época: intervención de Radek ante Cachin, en Berlín, para decidirlo a venir a Moscú.

Febrero de 1922. En el Ejecutivo Ampliado, resolución sobre la crisis francesa: crítica del oportunismo del Bloque de Izquierdas, del pacifismo pequeño burgués, de la inercia frente al sindicalismo, de la insuficiencia de dirección del partido, del federalismo; compromiso de la delegación del centro sobre: la exclusión de Fabre (la cuarta vez que se planteaba la cuestión), la reintegración de los dimisionarios de Marsella, la aplicación de las tesis sindicales de Marsella.

Abril de 1922: Consejo Nacional del partido francés.

9 de mayo de 1922: exclusión de Fabre por el Ejecutivo (cuando la cuestión se había planteado por quinta vez y tras poner en juego el artículo 9 de los estatutos).

12 de mayo de 1922: carta confidencial al Comité Director con críticas y sugerencias sobre las siguientes cuestiones⁸:

- desorientación del partido;
- aumento de la influencia de la derecha;
- pasividad en el asunto Fabre (la sexta vez);
- silencio de *l'Humanité* sobre las cuestiones candentes;
- inercia ante los anarquistas y sindicalistas;
- hostilidad hacia el Frente Único, campaña de la *Humanité* y de la *Internationale* constituyendo una sabotaje a la acción de la Internacional Comunista;
- indisciplina del partido ante las decisiones de la Internacional Comunista;
- mala voluntad en la aplicación de las resoluciones votadas por las diversas delegaciones francesas en Moscú; recordatorio de las múltiples observaciones conciliadoras anteriores de la Internacional Comunista;
- invitación a clarificar en adelante las relaciones entre el partido francés y la Internacional.

Misma época: telegrama a Frossard para reclamar su presencia en el Ejecutivo Ampliado de junio.

Junio de 1922: Ejecutivo Ampliado.- Resolución⁹ sobre: la estructura del partido, la disciplina interna, la Federación del Sena, la cuestión sindical, el Frente Único, el

⁸ Texto publicado en *Bulletin communiste*, n° 37, páginas 693-696, 1922.

⁹ <http://grupgerminal.org/?q=node/852> NdE.

Bloque de Izquierdas, la prensa del partido, las fracciones del partido, la amonestación a Daniel Renoult, el asunto Fabre (la séptima vez), el congreso del partido, la necesidad de un manifiesto del Comité Director.

Julio de 1922: tres telegramas invitando al partido a excluir a Verfeuil, Mayoux y Lafont.

Julio de 1922: carta a la Federación del Sena¹⁰ sobre: el federalismo y el centralismo, artículo 9 de los estatutos internacionales, asunto Fabre (la octava vez), la disciplina.

Septiembre de 1922: mensaje al 2º Congreso del Partido Comunista francés, tratando sobre todas las cuestiones enumeradas en las cartas precedentes¹¹.

6 de octubre de 1922: mensaje complementario al congreso de París, concerniente a: la renovación del voto de las veintiuna condiciones, la exclusión de Verfeuil; resolución del Ejecutivo aprobando la decisión de la Federación del Sena excluyendo a Verfeuil.

Noviembre de 1922: diversos telegramas invitando a Frossard y Cachin a asistir al 4º Congreso.

Esta árida enumeración de cartas, telegramas, propuestas y sugerencias enviadas por nosotros y mantenidas prácticamente sin eco ni respuesta, desde hace un año y medio, ¡es el tiempo que pretende haber ganado nuestro camarada Frossard! Declaramos que ese tiempo será inscrito en la historia del partido francés a fondo perdido, a causa de la pasividad y la inercia material y política de los camaradas dirigentes y responsables del partido en esta época.

¡Que se diga ahora cuál de entre las sugerencias que acabo de enumerar es la que podía ser nociva e incluso nefasta para el partido! ¿Por qué era preciso “ganar tiempo” en la exclusión de Fabre, que era tan simple y tan indispensable, y también en las cuestiones del régimen de la prensa, del buró político y, sobretodo, del trabajo sindical y del Frente Único?

Las sugerencias de la Internacional

Nadie niega que los miembros de la Internacional no sean infalibles; pero ¿es que alguien puede demostrarnos que en esas sugerencias, propuestas y resoluciones, la Internacional ha cometido errores? ¿Dónde están esos errores? ¡Y que se nos demuestre que se le ha hecho un bien al partido francés desatendiendo las sugerencias y tentativas de la Internacional! ¡Que se nos demuestre que se ha ganado y no perdido el tiempo!

Si el mismo secretario general del partido declara haber ganado tiempo, contra la Internacional, que amenaza con destruir al partido francés, está claro que los delegados permanentes en propaganda deben decir la misma cosa y hacer la misma faena de una forma más simplista. Así, el camarada Auclair le cuenta a las Juventudes que las decisiones de la Internacional Comunista están basadas en rumores (es su expresión).

Cuando hemos preguntado a Frossard si era exacto que él había instalado a Auclair como delegado de propaganda, nos respondió: “Solamente provisionalmente”. Lo que era cierto. Pero tras el congreso de París, se ve permanecer en el mismo puesto al mismo camarada. Y cuando planteamos algunas objeciones a nuestros camaradas franceses del centro, dicen: “Exageráis”. Nosotros “exageramos” sobre Fabre, nosotros “exageramos” sobre Auclair, nosotros “exageramos” con nuestras propuestas para el

¹⁰ <http://grupgerminal.org/?q=node/853> NdE.

¹¹ Texto publicado en el *Bulletin communiste*.

Frente Único y para la acción sindical, nosotros “exageramos” en la cuestión del régimen de la prensa, ¡nosotros “exageramos” siempre!

Sin embargo es natural que nos alcemos contra todas las manifestaciones de un espíritu no comunista ya se trate de Fabre, de Auclair o de la colaboración con la prensa burguesa. Cada uno de esos hechos, si se les considera aisladamente, hunde sus raíces profundas en las capas profundas del partido. Se equivoca quien los presenta como poco importantes: son signos que seguro que no engañan a ningún militante. ¿Qué es, entonces, lo que os falta como prueba evidente de no comunismo? Si Frossard dice que las resoluciones de la Internacional amenazan con “destruir” al partido francés y si Auclair sobrepuja diciendo que esas resoluciones se toman sobre la base de “rumores”, entonces se puede imaginar uno que luces llegan a las capas más profundas del partido, que no están casi informadas de los hechos.

La dignidad del partido

Poseemos testimonios extremadamente valiosos aportados por nuestro camarada Louis Sellier (que no debe confundirse con Henri Sellier, excluido del partido). Louis Sellier ha representado durante algún tiempo al partido en Moscú. Volvió a Francia y fue propuesto como secretario general suplente del partido, lo que es un puesto importante y os muestra que ese camarada cuenta con gran estima dentro del partido francés¹². Lo conocimos en Moscú y compartimos esta estima hacia el camarada Louis Sellier.

En *l'Humanité* del 27 de agosto de 1922, publicó bajo el título: “Descartemos en primer lugar las leyendas absurdas”. Un artículo en el que se lee:

“Entre nosotros hay camaradas que son ciertamente muy malignos. Comienzan afirmando con la mano en el corazón que su entrega a la revolución rusa ha sido y sigue siendo total. Pero...” Y entonces viene la serie de los “pero” y de los “si” amenazadores, solemnes y absurdos. “*Pero* si Moscú quiere hacer del partido una pequeña secta estipendiada y servil”, “Si Moscú quiere quitarle al partido toda independencia”, “Si Moscú quiere instalar la guillotina permanente en el seno del partido”, etc., etc.”

Y más adelante:

“Faltaríamos al más elemental de nuestros deberes si no les gritáramos a nuestros camaradas de la mayoría, a nuestros camaradas del centro, que se realizan esfuerzos para engañarlos contándoles sobre Moscú simplezas de las más pérfidas como las que acabamos de citar. Moscú no quiere esencialmente que la III Internacional quiebre como la II.”

Es Louis Sellier quien escribe esto. Entonces pues hay que gritarle a los camaradas del centro que Moscú no quiere crear una pequeña secta estipendiada y servil. Lo dice un miembro del centro.

Louis Sellier recupera estas palabras: “Si Moscú quiere quitarle al partido toda especie de independencia...” y nosotros hemos escuchado a la gran comisión francesa algunas palabras en ese sentido: la dignidad del partido se vería amenazada por determinadas intervenciones de la Internacional. He aquí un sentimiento, una mentalidad, un estado de ánimo completamente extraños y que no entendemos.

¹² Louis Sellier, por otra parte, iba a ser designado secretario general del PC, en tanto que miembro del centro, conjuntamente con Treint, de la izquierda, tras la dimisión de Frossard en enero de 1923.

El pasado febrero, había aquí una comisión que se ocupaba de la cuestión rusa. Esta comisión estaba presidida, creo, por el camarada Marcel Cachin¹³. Se trabajaba para tratar una enfermedad interna de nuestro partido ruso. Esta comisión no trabajó en París, desgraciadamente, porque nosotros no podemos todavía realizar nuestros congresos en París. Ya llegará el día. Era en Moscú. Esta comisión estaba compuesta por camaradas extranjeros que tenían que decidir sobre una cuestión muy penosa para nuestro partido puesto que se trataba de la Oposición Obrera contra el Comité Central del Partido Bolchevique.

Zinóviev, yo y algunos otros camaradas fuimos citados por la comisión. Dimos nuestro parecer. Había en nosotros un sentimiento de alivio porque había una institución internacional, una instancia suprema, y nadie se sintió humillado por la autoridad de nuestro partido. Por el contrario, estábamos muy contentos de poder resolver una cuestión importante con la ayuda de la Internacional Comunista.

La intervención de esta comisión tuvo un resultado excelente para nuestro partido pues la Oposición Obrera cesó tras esta intervención suprema¹⁴.

¿Qué es entonces la dignidad del partido? Está el interés del partido, es la ley suprema, y cada uno de nosotros debe inclinarse ante esta ley suprema. En ello consiste la dignidad del partido y de cada miembro del partido. (*Aplausos*)

He insistido sobre el punto porque en el congreso de París se agitó el fantasma de la dignidad del partido. Todos conocéis la situación creada por el congreso de París. Algunos meses antes del congreso, propusimos constituir un bloque de las dos fracciones más fuertes, el centro y la izquierda, contra la derecha, con cierta actitud, yo diría que expectativa, ante la tendencia Renault-Dondicol.

¿Cuál era la idea de ese plan? Era muy simple. La lucha de fracciones había sido prevista por el Ejecutivo. Muchas veces hemos repetido a nuestro camarada Louis Sellier que si el centro mantenía su actitud conservadora, la creación de fracciones era inevitable como reacción necesaria y saludable para el partido, para impedirle caer en el pantano de la pasividad.

Al mismo tiempo que se desarrollaba ese proceso inevitable existía la necesidad en que nos encontrábamos de darle al partido la posibilidad de realizar una acción exterior. La fracción Renault-Duret constituyó en aquella época la oposición más extrema al Frente Único. No existía la posibilidad de plantearse entonces una colaboración con esta fracción, aunque en el Ejecutivo sabíamos que integraba a elementos obreros excelentes, claramente opuestos al parlamentarismo y a las combinaciones con los disidentes, con los reformistas, es decir que integraba a

¹³ La Oposición Obrera, animada por los viejos bolcheviques Chliapnikov y Lutovinov, y por A. Kollontai, se había desarrollado a partir de 1919 entre los comunistas de los sindicatos y se alimentaba notablemente de la hostilidad de los obreros al uso en los puestos directivos de la industria de especialistas burgueses bien pagados. En 1920, había pedido para los sindicatos un papel dirigente en la economía. En 1921, había combatido la Nep. El 10º Congreso, a propuesta de Lenin, la había condenado como una “desviación sindicalista y anarquista”. A principios de 1922, veintidós de sus animadores recurrieron a la Internacional sobre la persecución de la que eran objeto por parte del aparato y de numerosas violaciones de la democracia obrera en el partido ruso. La comisión de la IC rechazó el recurso. Según Schapiro estaba presidida no por Cachin sino por el búlgaro Kolarov. De cualquier forma, la presencia de Cachin en la comisión fue sentida por muchos como una injuria a los viejos militantes revolucionarios que representaban a la Oposición Obrera.

¹⁴ De hecho, Chliapnikov y Kollontai defendieron las tesis de la Oposición Obrera en el 11º Congreso en 1922; el congreso rechazó, por otra parte, excluirlos, igual que el CC le había rechazado a Lenin la exclusión de Chliapnikov. Chliapnikov y Lutovinov se unieron a la oposición de 23, y Lutovinov se suicidó tras su derrota. Chliapnikov fue miembro de la Oposición Unificada, capituló y después desapareció durante las grandes purgas.

elementos animados por un puro espíritu revolucionario pero mal informados. Ante esta tendencia mantuvimos una actitud expectante criticándola al mismo tiempo.

Al mismo tiempo jamás descuidamos el hecho que, a pesar de tal o tal error cometido por la izquierda, es ella la que representa el movimiento hacia delante del partido, contra el conservadurismo y la pasividad.

Por otra parte, jamás hemos descuidado al centro, a pesar de sus errores, errores que amenazaban a la misma base del partido. Esta fracción engloba a muchos excelentes elementos obreros que se agruparán mañana o pasado mañana sobre la misma base de acción revolucionaria.

Entonces propusimos un bloque de los dos grandes agrupamientos, centro e izquierda, para facilitarle al congreso de París su tarea, que era exclusivamente precisar las ideas del partido y crear los organismos centrales que pudiesen dirigirlo. La lucha de fracciones llevaba al partido a un callejón sin salida. Había que proponer una combinación que podía no ser perfecta pero que aportaba una solución más o menos conveniente para el año siguiente.

Siempre hemos insistido en basar la realización de ese bloque sobre una base revolucionaria; ese bloque tenía que ser enérgicamente dirigido contra la derecha a fin de solucionar esta cuestión en el plano político, total y definitivamente; bajo esas condiciones, habríamos tenido la posibilidad de realizar una acción vigorosa y el partido habría podido presentarse ante el 4º Congreso como un partido mucho más disciplinado y capaz de dirigir la acción.

Esto es lo que se dijo y repitió en numerosas ocasiones: “Si el centro hace de oposición, si se deja arrastrar por los elementos del conservadurismo y la reacción, por la pasividad, ganando tiempo, pensamos que marchará hacia la descomposición y que su descomposición provocará la más penosa crisis en todo el partido.”

El papel del centro en el congreso de París

No quiero contar aquí la historia de las negociaciones que tuvieron lugar en París para la constitución de los organismos centrales. Las fracciones se enfrentaron a dificultades sin llegar a buen puerto. Cuando se producen negociaciones entre dos fracciones en lucha, las cuestiones de organización siempre son penosas: hay discusiones, exigencias excesivas de ambas partes. De otra forma no es posible. Pero la ruptura se produjo sobre propuestas completamente claras, no sobre exigencias exageradas de la izquierda, como se afirma, sino sobre propuestas de paridad presentadas por los representantes del Ejecutivo.

El centro prefirió romper las negociaciones; rechazó la paridad, incluso provisional, hasta el congreso. Fue el camarada Ker quien pronunció un gran discurso sobre el asunto el 17 de octubre. Planteó la cuestión de forma siguiente: “Se trata de saber si el partido francés será libre para designar él mismo a los hombres que deben dirigirlo.” Todo esto según el informe de *l'Humanité* del 18 de octubre (sesión del 17).

¡En el momento en que las negociaciones acaban de interrumpirse a iniciativa del centro, se les dijo a los delegados de provincias que todavía no tenían noticias de las propuestas de la Internacional: “Se trata de saber si el partido francés será libre para designar él mismo a los hombres que deben dirigirlo.”! Esto era denunciar a la izquierda, por una parte, y a los representantes de la Internacional, por la otra, como si hubiesen tenido la intención de privar al partido francés del derecho a disponer, por sí mismo, de su autonomía como partido. Esta denuncia absolutamente injusta era muy peligrosa desde el punto de vista de las aspiraciones nacionales y no internacionalistas.

La misma idea está repetida en el llamamiento firmado por el nuevo Comité Director formado por el centro. Al día siguiente del congreso de París, se dice: “El 4º Congreso Mundial examinará la situación del partido... Este se ve así despojado de su derecho a escoger a los hombres de su confianza y que se encargan de representarlo en los organismos de dirección del partido.”

Camaradas, cuando en cada sección se trata de formular una línea directriz para una acción, de dar consejos de organización del partido, de supervisar las tendencias del partido, cada partido tiene derecho a preguntarse si es libre para disponer por sí mismo o si se le amenaza con privarlo de sus derechos.

¿Pero en qué consiste el derecho de un partido a disponer de sí mismo? En el presente caso consiste en que las dos fracciones que, reunidas ambas, forman la aplastante mayoría del partido, puedan entenderse para elaborar una lista común, fijar de común acuerdo la composición de los organismos centrales y presentar esta lista al congreso diciéndole: “He aquí lo que os proponemos, os aconsejamos que aceptéis, porque, en este período de descomposición amenazadora del partido, es la mejor salida.”

Ahora bien, no se ha presentado la cuestión de esta forma. Tras haber mantenido las negociaciones con la izquierda y los representantes de la Internacional, tras haber consumado la ruptura, se ha denunciado a la izquierda y a los representantes de la Internacional como si fueran instituciones, organismos o personas que amenazan la dignidad y soberanía del partido francés y, en el tumulto y el nerviosismo del congreso, un llamamiento firmado por el Comité Director declara: “El congreso mundial es quien tendrá que ocuparse de la cuestión; se trata de saber si el congreso nacional tiene derecho a escoger él mismo a su Comité Director.”

¿Pero este es un derecho indiscutible! Y vemos que se ejerce. Pero vemos también que los mismos camaradas no se atrevieron, puedo decirlo, a proponerle al congreso, en la situación en la que ellos mismos lo colocaron, afirmar y realizar plenamente su soberanía creando un Comité Director normal. Ellos mismos provocaron la creación de un Comité Director *provisional*. ¿Por qué? Porque ellos mismos paralizaron la soberanía del congreso: porque, tras haberlo paralizado, no pudieron, estando dada la situación del partido, comprometer a ese congreso a dotarse, con las dos quintas partes de votos, de un Comité Director. Tras ello, no quedaba otra cosa que hacer más que dirigirse al congreso internacional para recoser los hilos que se habían descosido por culpa del centro.

El incidente Jaurès

Camaradas, ya os he dicho que no podía exponeros aquí la historia del congreso de París. Sin embargo, se produjo un incidente que quiero que conozcáis. Es el incidente del que informo a la gran comisión nuestra camarada Clara Zetkin. Se trata de un incidente muy lastimoso porque está relacionado con el nombre de Jean Jaurès. Creo necesario decir algunas palabras sobre este incidente, no para renovar aquí la escena del congreso sino, simplemente, para puntualizar una cuestión ideológica seria.

La Comisión de Conflictos, que tenía de secretario según me han dicho a un joven camarada de izquierdas, presentó una moción. La moción proponía excluir a Henri Sellier, completamente maduro para ello, indicando que Henri Sellier se alimentaba en su concepción democrática de “la tradición jauresista”.

Todo el mundo admitirá que no era necesario hablar de Jaurès en la resolución de exclusión, ni incluso indirectamente. De esta torpeza se hizo un grave incidente político en la prensa del partido, no solamente en el congreso sino también tras el congreso.

Se ha redactado una resolución con prisas. Se ha hecho de ella una cuestión de tendencias y se ha preguntado: “¿Estáis a favor o en contra de la tradición de Jaurès? ¿Estáis a favor o en contra de Jaurès?” Así se planteó la cuestión. No creo que ello haya sido bueno ni para la memoria de Jaurès ni para la del partido mismo.

Todos conocimos a Jaurès, si no personalmente al menos sí por su influencia política. Todos conocíamos su gran y monumental figura histórica, que supera a su persona y que se mantiene, y se mantendrá, en la historia como una de las más bellas figuras humanas. Y podemos decir ahora, y podremos decir mañana, que cada partido revolucionario, cada pueblo oprimido, cada clase obrera oprimida y, sobretodo, la vanguardia de los pueblos y de las clases obreras oprimidas, la Internacional Comunista, pueden reclamarse de Jaurès, de su memoria, de su figura, de su personalidad. Jaurès es nuestro bien común, pertenece a los partidos revolucionarios, a las clases y pueblos oprimidos.

Pero Jaurès ejerció determinado papel en determinada época, en determinado país, en un determinado partido, en una determinada tendencia de ese partido. Es el otro aspecto de Jaurès.

Antes de la guerra había en Francia, en el Partido Socialista, dos tendencias, y el jefe espiritual y político de la otra tendencia era Jules Guesde, también él una gran y bella figura de la historia de la clase obrera francesa e internacional. Había entablada una gran lucha entre Jaurès y Guesde, y en esa lucha era Guesde quien tenía razón contra Jaurès. Nunca podremos olvidarlo.

Cuando se dice que nos separamos de la tradición jauresista eso no quiere decir que entregamos la personalidad de Jaurès y su memoria a las sucias manos de los disidentes y reformistas. Eso solamente quiere decir que hay un gran cambio en nuestra política y que combatiremos las supervivencias de los prejuicios de lo que se llama la tradición jauresista en el movimiento obrero francés.

Es hacerle un mal servicio a la clase obrera en Francia haber hecho de este incidente un conflicto de ideas, como si los comunistas pudiesen verdaderamente reclamarse de las tradiciones democráticas y socialistas de Jaurès.

Volvamos a leer los libros de Jaurès, su *Historia socialista de la Revolución Francesa*, su libro sobre *El nuevo ejército*, sus discursos, uno se siente siempre elevado por un gran espíritu, una gran fe, pero al mismo tiempo distingue las grandes debilidades que hicieron naufragar a la II Internacional. No somos los guardianes de las debilidades y prejuicios de la II Internacional, de esta II Internacional que estaba representada en su forma más genial por Jaurès. No somos los guardianes de esos prejuicios; por el contrario, luchamos contra esta tradición: tenemos que combatirla y reemplazarla por la ideología comunista.

Camaradas, la gran comisión que habéis creado ha puesto en marcha, tras una discusión muy amplia y a veces apasionada, una subcomisión encargada de las cuestiones organizativas y de la elaboración de un proyecto de resolución política. Habéis recibido nuestra propuesta por escrito. Para redactarla nos hemos inspirado en dos ideas.

Es preciso condenar las faltas y errores políticos cometidos por la principal fracción dirigente del Partido Comunista francés: el centro.

Hay que señalar las faltas cometidas por la tendencia Daniel Renault-Duret-Dondicol.

Es necesario reconocer que, sean los que sean los errores secundarios cometidos por la fracción de izquierda, es la izquierda quien ha representado fielmente a la Internacional, sus ideas y sugerencias, en las cuestiones más importantes para la vida y para la lucha de la clase obrera francesa.

Esto es lo que hemos reconocido en nuestra resolución política.

En cuanto a nuestra propuesta de organización y composición de los organismos centrales del partido, hemos tratado de medir las relaciones de fuerza entre las diferentes tendencias y adaptar la composición de los organismos centrales a la situación momentánea del partido. Naturalmente, de ordinario no procedemos así. Rechazamos absolutamente el principio de la representación proporcional porque ese principio amenaza siempre con hacer del partido una federación de tendencias. Es un aliento para todo agrupamiento que quiera crear una tendencia; es un régimen nefasto para el partido y para su actividad. Pero estamos en una situación creada por una prehistoria de la que os he hablado un poco (confío que suficientemente para haceros comprender nuestra política).

Para ese Comité Director y para el resto de organismos centrales del partido hemos pedido, pues, la representación proporcional. La subcomisión que ha elaborado esta propuesta estaba compuesta por los camaradas Zetkin, Bordiga, Koralov, Humbert-Droz, Katayama, Manuilski y Trotsky.

La gran comisión a la le hemos presentado nuestro proyecto, elaborado tras una profunda discusión, ha adoptado por unanimidad todas las propuestas de orden político o de orden orgánico, y le pedimos al congreso que haga lo mismo y se conforme con la unanimidad en las resoluciones votadas.

La francmasonería

Durante la discusión de la gran comisión se ha planteado una nueva cuestión. Es la cuestión de la francmasonería que, hasta ahora, siempre ha sido silenciada en la vida del partido. Jamás se han hecho artículos polémicos, nunca se ha mencionado en la prensa que, en el partido comunista, como, por otra parte, en los sindicatos revolucionarios y reformistas, ¡hay bastantes camaradas que pertenecen al mismo tiempo a la francmasonería!

Cuando la comisión ha tenido conocimiento de este hecho ha quedado estupefacta porque ninguno de los camaradas extranjeros podía suponer que, dos años después de Tours, el Partido Comunista francés pueda tener en su seno a camaradas que pertenecen a organizaciones de las que es superfluo definir el carácter en el seno de un congreso comunista mundial.

He intentado tratar el problema en un artículo del órgano del congreso, *le Bolchevik*. Para escribir este artículo he tenido que buscar en mi memoria los argumentos contra la masonería más vetustos, cubiertos de polvo, argumentos que había olvidado completamente como fuerza real.

No os molestaré retomando esos argumentos. Es un hecho que en Francia la burguesía radicalizante, que tiene jefes muy mediocres y una prensa muy pobre, se sirve de instituciones secretas, de la francmasonería sobre todo, para ocultar su empresa reaccionaria, su mezquindad, la perfidia en las ideas, el espíritu, el programa. La francmasonería es una de esas instituciones, uno de esos instrumentos.

Hace ahora año y medio que le dijimos al partido francés: “No se ve ese abismo que debería separar en nuestros prensa y discursos al partido comunista de toda la sociedad burguesa.”

Ahora vemos que no solamente no existe ese abismo sino que existen pasarelas arregladas a penas un poco, un poco ocultas y cubiertas: son las pasarelas de la francmasonería, de la Liga de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, etc. La ligazón se produce por medio de esas pasarelas entre la Liga, la francmasonería y las

instituciones del partido, la redacción del diario, el Comité Director y el Comité Federal.

Se hacen discursos, se escriben artículos sobre la necesidad de aplastar a esta sociedad corrompida con la lucha de clases llevada adelante por el proletariado, él mismo guiado por un partido absolutamente independiente de la sociedad burguesa. Se es revolucionario hasta el final... ¡y se asiste a las logias masónicas para reunirse y abrazar a los hermanos mayores que representan a las clases burguesas!

No se puede entender esta mentalidad y esta forma de actuar. Algunos camaradas han dicho: “Sí, pensamos como vosotros que cada comunista debe sacrificar todas sus fuerzas al partido y que no debe prestárselas a otras instituciones, a otras empresas, a otras organizaciones.” Esta no es la única razón. Si un comunista es músico, si frecuenta los conciertos, los teatros, no podemos exigirle que los sacrifique si dicho sacrificio no lo exige la situación. Si es padre de familia y quiere consagrarle a sus hijos una parte de su vida, evidentemente que podemos exigirle mucho, pero no podemos exigirle que renuncie a ocuparse de sus hijos. Aquí no se trata de eso. No se trata de cierto reparto de su trabajo, de su atención, de su vida entre dos instituciones o dos ocupaciones: ¡no!

Si presentáis esta cuestión de esta manera ante la clase obrera no comprenderá nunca por qué la Internacional se interesa en ella. Hay que afirmar la incompatibilidad completa y absoluta, implacable, entre el espíritu revolucionario y el espíritu de la pequeña burguesía masónica, ¡instrumento de la gran burguesía! (*Aplausos*)

Desgraciadamente esta cuestión no fue planteada después del congreso de Tours. Surgió ante nuestra comisión a causa de las luchas de fracciones. Cuando la comisión tuvo conocimiento de esos hechos inmediatamente los inscribió en el orden del día de su trabajo como hechos de una gran importancia.

Entonces se nos dice: “Exageráis.” Siempre con lo mismo. Siempre vuelve el caso Fabre. Fabre es inmortal; incluso muerto una vez por la Internacional Comunista, renace siempre tras otra máscara, y siempre tras la de la masonería secreta.

Se nos dice: “Exageráis.” Por el contrario, creemos que esta vez estamos ante una cuestión que puede devenir una palanca para cambiar eficaz e inmediatamente alguna cosa en ese partido.

Existen grandes cuestiones: la cuestión de los sindicatos, la cuestión del Frente Único. Sobre esta base se desarrollará el movimiento obrero. La tradición parlamentaria del partido francés ha cristalizado en la capa superior de los diputados, periodistas, abogados e intelectuales, y ha constituido, en cierta medida, un estado dentro del estado.

Lo que se ha desarrollado en los elementos intelectuales, cuyos cerebros están llenos de reminiscencias de las diferentes situaciones por las que han pasado y de las que ya no se puede descifrar nada, es sobretodo el espíritu de la “oportunidad”.

Es necesario un choque. Será saludable sobretodo en esta capa del partido, no solamente para el partido (lo que es la razón principal) sino para los elementos de valor que existen naturalmente en esta capa dirigente, un poco tradicionalista, demasiado conservadora y que se reclama siempre del día de ayer o de anteayer en lugar de orientarse hacia el futuro.

Tendrá que ser un gran choque porque su línea no es la línea directriz que necesita la clase obrera. Es un conjunto de relaciones, comportamientos, aptitudes y costumbres personales en los camaradas que pertenecen a esta capa dirigente.

Muchos funcionarios del partido frecuentan las logias masónicas. Naturalmente que por ello no ocultan su comunismo como ocultan su francmasonería cuando están entre nosotros. Pero, sin embargo, arreglan su comunismo de forma que sea conveniente para los hermanos burgueses, aceptable para esta sociedad tan delicada, para nervios tan refinados. Maeterlinck, el poeta, dijo una vez que ocultando su alma entre los otros se

acaba por no encontrarse a uno mismo. Pues bien, cuando se está en un medio semejante y se han modificado las opiniones según los gustos exquisitos de esos hermanos refinados en política radical, se acaba por no encontrar la verdadera fisonomía de comunista-revolucionario.

He aquí por qué para nosotros es una cuestión tan importante en las capas dirigentes del partido. Naturalmente que cuando el Comité Director cumpla esta tarea que le proponemos cumplir tendrá inmediatamente contra él, en Francia, a las nueve décimas partes de la opinión pública oficial. Se puede prever ya con cierta alegría revolucionaria que esos medios reaccionarios, católicos, francmasones, del matiz Léon Daudet o del de los amigos de Herriot, con toda su prensa, se lanzarán al asalto de la Internacional y del partido comunista, y si os presentáis con excusas, atenuantes, explicaciones, diciendo que la francmasonería no es una cosa completamente condenable en sí misma pero que no hay que compartir el corazón entre el partido y la francmasonería porque el partido necesita las cuatro cuartas partes del corazón, entonces os veréis, camaradas del Comité Director, en una situación insostenible. Por el contrario, el partido debe golpear en la mesa con energía y proclamar: “Sí, hemos cometido una falta al tolerar que camaradas de valor, por una lamentable inercia, hayan pertenecido a la francmasonería. Pero, tras reconocer esta falta, nos comprometemos a una lucha implacable contra esta máquina de subversión de la revolución. La Liga de los Derechos del Hombre y la francmasonería son máquinas burguesas que embaucan la conciencia de los representantes del proletariado francés. Declaramos una guerra sin piedad a esos métodos, porque constituyen un ejército secreto e insidioso del arsenal burgués”¹⁵.

Si el Comité Director lleva la acción adelante con esta implacable energía tendrá contra él, naturalmente, a los disidentes, a los Léon Blum y a los católicos, que defenderán a los masones. La masonería encontrará excomuniones católicas para maldecir a los comunistas. El partido tendrá en contra a una mezcla de la burguesía de todos los colores, pero el partido comunista se mantendrá en pie, opuesto a toda esta politiquería, a esta engañifa de la sociedad burguesa, como un bloque revolucionario que defiende los supremos intereses del proletariado.

Estoy seguro de que si procedéis así, con un saludable choque, reencontraréis vuestro partido (pasados un mes, o dos o tres) en una situación muy diferente de la situación en la que se presenta ante el 4º Congreso Mundial.

Se gritará mucho contra las “órdenes” de Moscú. Se gritará de nuevo a favor de la libertad de opinión, pero esta vez de opinión francmasónica: son los mismos camaradas que pedirán además la libertad de pensamiento y crítica. Pero esos camaradas que polemizan a favor de la libertad de pensamiento y de opinión ¿tienen en cuenta las inevitables divergencias en el interior de los cuadros comunistas? No. Pero quieren disponer de un marco que abarque a los pacifistas, a los francmasones, a los propagandistas de la santa ley católica, a los reformistas, anarquistas y sindicalistas. He ahí lo que ellos llaman libertad de pensamiento.

Esos hombres, casi todos ellos intelectuales, pasan nueve décimas de su tiempo en los medios burgueses, tienen ocupaciones que los separan completamente de la clase obrera. Su mentalidad está trabajada en ese medio durante los seis días de la semana que pasan en él. El domingo vuelven a su partido, han olvidado los principios y tienen que recomenzar por la crítica y, sobretodo, por la duda. Dicen: “Reclamamos para nosotros

¹⁵ Parece que la mayoría de los francmasones que ocupaban funciones responsables en el PC escogieron, en las semanas siguientes, la francmasonería y abandonaron el PC con Frossard. Algunos, como Ker, admitieron sin embargo haber sido gravemente descuidados”, rompieron con la francmasonería y aceptaron la suspensión de responsabilidades que les fue impuesta como una “prueba”.

la libertad de pensamiento.”. Entonces se redacta una nueva resolución que se les impone. Después vuelven a su medio y vuelven a comenzar. Son aficionados, diletantes, y entre ellos hay muchos arribistas.

Hay que eliminarlos; hay que librar al partido de esos elementos para los que el partido sólo es una puerta abierta hacia un puesto, hacia un mandato.

Por ello aceptamos como principio riguroso que las nueve décimas partes de los puestos electorales puestos a la disposición del partido estén ocupados por obreros, e incluso ni por obreros convertidos en funcionarios del partido sino por obreros que todavía estén en la fábrica o el campo.

Hay que mostrarle a la clase obrera que hasta ahora se la ha engañado y que los diferentes partidos se han servido de ella como un trampolín para dar un salto en su carrera, y es preciso mostrar que nuestro partido considera el dominio parlamentario solamente como una parte de su dominio revolucionario.

Quien actúa en ese dominio es la clase obrera; a quien es necesario introducir en el parlamento es a sus más puros representantes, a los más capaces, a aquellos que la muestran mejor, naturalmente que respaldándoles con camaradas abnegados y seguros que tengan cierta instrucción. Pero la aplastante mayoría de nuestra fracción parlamentaria, municipal, cantonal, etc., debe cogerse de entre las masas obreras, y sobre todo en Francia, estando dadas sus costumbres, concepciones y hábitos.

La prensa

Hay que acabar con ese régimen que consiste en considerar a la prensa como un dominio en el que se ejerce el talento de los periodistas. Está bien que un periodista tenga talento, pero la prensa no es otra cosa más que un instrumento de la lucha, un instrumento que debe ser, tanto como sea posible, anónimo, representante de la colectividad, que refleja la idea directriz de la clase obrera y no las ideas particulares de tal o tal otro individuo.

Desde este punto de vista, *le Populaire* representa muy bien las tradiciones del partido parlamentario.

Tengo aquí un editorial del *Populaire* con una nota de la redacción; el jefe de redacción escribe: “Creo tener el deber de recordar que las editoriales del diario sólo son responsabilidad de sus autores.”

He ahí sus costumbres: ¡los artículos sólo son responsabilidad de sus autores! ¡Se les pide a los obreros que sacrifiquen sus sueldos para un diario que se reclama del socialismo y que hace regla general del hecho que los artículos de cabecera sólo son responsabilidad de sus autores!

Los artículos, en nuestro caso, son responsabilidad del partido. El periodista debe estar anónimamente a disposición del partido. Y si los señores periodistas (y yo pertenezco un poco a esta casta) nos responden que este forma de proceder atenta contra su dignidad personal, les diremos que la más alta dignidad del periodista comunista es ser el instrumento más fiel y, en tanto que posible, impersonal, de la mentalidad, de la política, de la lucha de la clase obrera.

Nuestra acción entre los campesinos

Debo mencionar muy particularmente dos cuestiones. En primer lugar, la de nuestra acción entre los campesinos.

Esta cuestión ha sido tratada más rápidamente que todas las otras cuestiones de principios en el congreso de París. Fue puesta en discusión por el camarada Jules Blanc;

dijo que de la lectura de cartas de campesinos se desprendía que había en ellos un sentimiento revolucionario cuya constatación permite protestar contra el epíteto “pequeño burgués”, demasiado aplicado a la clase campesina, y que difundir folletos en los que la clase campesina es tratada de pequeño burguesa es hacerle un flaco servicio a la propaganda del partido.

La misma objeción fue hecha por el camarada Renaud Jean, y creo necesario decir algunas palabras sobre nuestro trabajo entre los campesinos.

La expresión “pequeña burguesía” no es un insulto. Es una expresión científica que expresa que el productor es propietario de sus medios de producción: aún no se ha separado de sus medios de producción y no es, por lo tanto, un asalariado. He ahí lo que significa la expresión “pequeña burguesía”.

Si, durante un discurso de propaganda (y no en una discusión científica) un campesino me interrumpe para preguntarme: “¿Yo soy un pequeño burgués?”, le daría explicaciones que creo que no le chocarían. Vemos muy a menudo a campesinos que se distinguen del proletariado, el cual no tiene nada mientras que ellos son propietarios de sus medios de producción. A causa de este hecho tienen una mentalidad más individualista que la de los obreros.

Esta expresión es justa y necesaria, para evitar que nos equivoquemos nosotros mismos sobre el carácter de esta clase campesina, para evitar engañar a los obreros. Pero, a pesar de las diferencias que existen, en el modo de vida y en la mentalidad, entre esas dos clases, la expresión “pequeño burgués” no debe obstaculizar en absoluto nuestra acción entre los campesinos.

La cuestión colonial

La otra cuestión es la cuestión colonial. No sé si se ha citado aquí la resolución de la sección de Sidi-bel-Abbès, en Argelia¹⁶. Esta resolución de un agrupamiento que pretende ser comunista constituye un gran escándalo, aunque emane de un pequeño grupo. Dice: “En materia colonial, ella [la sección] está completamente en desacuerdo con las tesis de Moscú [...] Las federaciones comunistas indígenas son las únicas que están calificadas para decidir una táctica de acción comunista local. Las federaciones comunistas argelinas no admitirán, bajo ningún pretexto, que se publiquen en Argelia

¹⁶ Por supuesto que se trataba de una sección compuesta por franceses de Argelia. * En mi discurso he omitido la necesaria refutación del argumento pseudomarxista del agrupamiento de Sidi-bel-Abbès. Se invoca el estado de barbarie en el que caerían necesariamente los indígenas caso que su levantamiento contra el despotismo de la clase burguesa francesa se viera coronado por el éxito. Este argumento está cogido prestado de los socialdemócratas de la derecha de antes de la guerra. Pero hay que reconocer que entre estos últimos suponía cierta justificación, puesto que el capitalismo se encontraba aún en su línea ascendente. Ahora que el capitalismo europeo está en plena descomposición, es un desafío a las más simples verdades de la ciencia histórica ver en él un factor progresivo para las colonias. Bajo el socialismo (tras haber reemplazado al capitalismo y extendido su influencia a las colonias) se les podrá verdaderamente sacar de la “barbarie”, es decir de la situación de retraso en que se encuentran.

Todo movimiento colonial que debilite la dominación capitalista en las metrópolis es progresivo porque facilita la tarea revolucionaria del proletariado.

Es evidente que la rebelión en las colonias no puede provocarse arbitrariamente en un momento dado. Son necesarias condiciones especiales para que un movimiento semejante se vea coronado con la victoria. Pero aquí ya se trata de una cuestión estratégica: siempre hay que escoger el momento y los métodos propicios. Esta regla de estrategia no tiene nada que ver con la fórmula de la que hablamos: “¡Esclavos de las colonias, seguid siendo esclavos hasta el momento en el que nosotros, seres supremos de las metrópolis, hayamos cambiado todo esto, porque si abandonáis prematuramente la protección de nuestra burguesía educadora, caeréis inevitablemente en vuestra barbarie natural!” (*Nota de Trotsky*)

manifiestos cuyo espíritu y letra, comprometiendo su responsabilidad, no hayan sido decididos por ellas.”

Es decir que la Internacional no debe intervenir demasiado en de las cuestiones internas del partido. He aquí una sección colonial que se levanta contra su partido y contra su Internacional y dice: “No; no cuando se trata de indígenas, es nuestro dominio reservado.”

La resolución dice además:

“Un levantamiento victorioso de las masas musulmanas de Argelia que no sea posterior a un mismo levantamiento victorioso de las masas proletarias de la metrópolis llevaría en Argelia, fatalmente, a una vuelta a un régimen cercano al feudalismo, lo que no puede ser el objetivo de una acción comunista.”

He ahí el fondo. No se puede admitir la revuelta, y sobre todo la revuelta victoriosa de los indígenas en las colonias, porque si cometen la simpleza de liberarse de la dominación de la burguesía francesa, recaerán en el feudalismo, ¡y los comunistas franceses de Argelia no pueden tolerar que a consecuencia de un motín revolucionario los pobres indígenas se liberen de la burguesía francesa y vuelvan a caer en el feudalismo!

¡En cuanto a nosotros, no podemos tolerar ni dos horas ni dos minutos a camaradas que tienen una mentalidad de poseedores de esclavos y que desean que Poincaré los mantenga dentro de los beneficios capitalistas! ¡Poincaré es, en efecto, el mandatario de tal grupo, puesto que es él quien, con sus instrumentos de opresión, salva a los pobres indígenas del feudalismo y la barbarie!

Una traición en la acción siempre se cubre con la bandera de la independencia, de la autonomía y de la libertad de acción. No se cesa de protestar contra las intervenciones de la Internacional y del mismo partido francés. Ciertamente hay muchas cosas que es preciso cambiar en el partido francés. Ya vemos alegrarse a los disidentes por la situación del partido cuando escriben en los artículos que “sólo son responsabilidad de sus autores”: “La descomposición del partido comunista hace propicio el momento. Ahora ya no hay que defenderse sino pasar a la ofensiva”, etc.

La preparación de la revolución proletaria

Los disidentes anuncian una gran progresión de su partido. Esta es una profecía que no se realizará. Se puede predecir, por el contrario y sin riesgo a verse desmentido por los hechos, que si los partidos se mantienen como están ahora, cuando se presentan ante la masa obrera dos opciones, con sus adherentes, dos iglesias establecidas con su burocracia jerárquica, ello puede durar años y décadas, pero que a partir del momento en el que alguna cosa cambie radicalmente en el partido comunista, a partir del momento en que devenga un partido distinto a los otros y en el que los obreros puedan ver en él más que a un partido a un promotor de la revolución proletaria, en ese momento los disidentes estarán muertos, ya no existirán, menos aún que los reformistas de la CGT.

Y os digo con plena certeza que no será la CGTU, con sus propias fuerzas, quien mate a la CGT reformista. No. Únicamente un partido potente y verdaderamente revolucionario, que integre a toda la élite de la clase obrera, aplastará totalmente al reformismo político sindical. Lo veréis muy pronto.

En las primeras semanas de la lucha contra la francmasonería, o contra la Liga de los Derechos del Hombre, se producirán abandonos, desertores que se pasarán a los disidentes: estos ganarán en un primer momento, estoy seguro, pero sólo recibirán los desechos y excrementos del partido comunista. (*Aplausos*)

Hacia la acción

Se trata de proceder a operaciones dolorosas, enérgica y vigorosamente, a fin de acelerar el proceso y de iniciar una gran acción por un partido revolucionario.

En nombre de nuestra comisión os proponemos un programa de acción¹⁷ que la izquierda ha sometido a la comisión y que ésta ha adoptado unánimemente con correcciones más bien secundarias.

En la base de ese programa está la posibilidad de iniciar ahora una gran acción del partido, descartando a los elementos que impiden esta acción revolucionaria. Sobre todo que no se diga que esas reivindicaciones hacen correr el riesgo de crear un nuevo reformismo en el movimiento francés. En esta época de descomposición de la sociedad burguesa, las reivindicaciones inmediatas devienen la clave de un movimiento verdaderamente revolucionario. Ese movimiento debe desarrollarse teniendo como punto de partido los comités o consejos de fábrica, con la unidad del frente, como fórmula necesaria, para suministrar todas las posibilidades de acción y éxito y, como fórmula *muy* necesaria, sobretodo en Francia, el gobierno obrero.

Tienen que cesar las querellas sobre esas cuestiones porque las polémicas no llevarán más que a quebrantar la conciencia obrera, ya suficientemente inquieta.

La idea de un gobierno Blum-Frossard sólo es simbólica, indicada aquí bajo la forma más concisa. Pero no por ello se tratará de una combinación entre parlamentarios en vistas a la constitución de un gobierno: en efecto, para que disidentes y comunistas dispongan de la mayoría en el parlamento es necesario que la clase obrera toda entera vote a favor de los disidentes y comunistas y, para alcanzar ese resultado, será necesario que los disidentes no inviten a la clase obrera a votar a favor del Bloque de Izquierdas, de la sociedad burguesa. Es preciso en primer lugar, pues, mostrarle a la clase obrera francesa la necesidad de separarse de la burguesía y oponerse a ella bajo todas sus formas. Cuando haya una huelga en el Havre y una masacre de obreros, les diremos a los obreros que con un gobierno de obreros semejante masacre no se habría producido, y nuestros representantes en el parlamento deben decir que la clase obrera no puede tolerar un gobierno de Poincaré o Bloque de Izquierdas, sino solamente un gobierno que represente a la clase obrera y que esté compuesto por obreros.

Nosotros, comunistas, nos orientamos con todas nuestras fuerzas hacia un gobierno obrero creado por un movimiento revolucionario. Pero si los obreros creen que se puede crear semejante gobierno por los métodos parlamentarios les decimos: “Intentadlo. Pero, para hacerlo, hay que separarse, en primer lugar y totalmente, del Bloque de Izquierdas, de las combinaciones burguesas; sólo hace falta un Bloque Obrero. Si os separáis totalmente de la burguesía pero creéis aún en métodos parlamentarios, os decimos: “No confiamos en esos métodos, pero apoyamos vuestra acción desde el momento en que os separáis de la burguesía.” Si se nos pregunta: “¿Es posible un gobierno de coalición de partidos que se reclamen de la clase obrera?”, yo respondería: “Naturalmente, pero no sobre la base de una combinación parlamentaria, solamente sobre la base de un gran movimiento que abarque todos los dominios de la lucha de clases proletaria y también al parlamento.”

Lo esencial es que el movimiento le dé a la clase obrera esta idea muy simple: que puede crear un gobierno obrero, por los obreros y para los obreros.

Si me preguntáis: “¿Estaremos seguros de que no nos traicionarán los disidentes?” Por ello, incluso si estamos en situación de crear con ellos un gobierno obrero revolucionario, tenderemos que vigilarlos con la misma atención y la misma desconfianza que a nuestros peores enemigos y, en el mismo instante de su

¹⁷ Ver en estas Edicions Internacionals Sedov: <http://grupgerminal.org/?q=node/193> NdE.

incumplimiento, de su traición, expulsarlos del gobierno, como lo hemos hecho aquí con los socialistas-revolucionarios de izquierda que han representado al campesinado en el gobierno obrero creado por nosotros y que tuvimos que expulsar, manteniendo el gobierno todo entero en manos de la clase obrera.

La consigna del gobierno obrero significa en primer lugar la independencia absoluta de nuestro partido. Esta independencia debe adquirirse rápidamente.

En Francia, el centro va a ser responsable en las próximas semanas de ese trabajo de acción enérgica en el interior de nuestro partido comunista. Estoy seguro que las explicaciones dolorosas que hemos tenido con nuestros camaradas franceses en la comisión, y que os presento aquí bajo la forma de un informe, no pueden repetirse. El discurso de Frossard nos muestra el peligro; lo he citado, lo he interpretado, el centro debe obviar, debe descartar definitivamente el peligro. No veo motivos para la ruptura. Por el contrario creo que la situación es extremadamente favorable para nuestro partido francés. Existe la descomposición del Bloque Nacional, la imposibilidad absoluta de las reparaciones, la situación difícil del Bloque de Izquierdas; creo que nuestro partido tiene en sus manos el futuro de Francia y, por ello mismo, de la humanidad entera. Estamos seguros que, inspirado en estas vastas perspectivas, el centro cumplirá con su deber hasta el final y que en el próximo congreso tendremos un partido unificado, homogéneo, revolucionario, fiel a su deber hasta la revolución victoriosa del proletariado francés.
(Prolongados aplausos)

Edicions internacionals Sedov



Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es

Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org